

DISPARADOS A LA LUNA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 20

DISPARADOS A LA LUNA

por

Roberto Azcorra Cámara



*F*ICTICIA

MÉXICO
2009

DISPARADOS A LA LUNA

D.R. © Roberto Azcorra Cámara

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Ayuntamiento de Mérida

D.R. © Foto de portada por Pedro Ugarte Chelén

Una versión del cuento “Sadoth en la guerra” aparece en *La casa ciega*, volumen 5, EDAF, Madrid, España, 2005.

POR EL AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA

Ing. César Bojórquez Zapata

Presidente Municipal

Sra. Susana Bustillos Lope de Bojórquez

Presidenta del DIF Municipal

Profra. Flor Díaz Castillo

Presidenta de la Comisión de Educación y Cultura

Lic. Ligia Beatriz Sosa Alcocer

Regidora de la Comisión de Educación y Cultura

Lic. Renán Alberto Barrera Concha

Regidor de la Comisión de Educación y Cultura

Mtro. Roger Heyden Metri Duarte

Director de Cultura

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México DF

www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: agosto de 2009

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-7693-07-9

Impreso y hecho en México

A mis muertos, *in memoriam*
Abuelos, David M., Andria

A mis vivos
Elena, David J., Karla,
Mónica, Goretti, Xahil

*...los poetas, esos grandes filósofos, dicen verdades.
Nosotros, narradores, decimos verosimilitudes.*

Rubem Fonseca
Diario de un libertino

RELATO DE UN EXILIO

En la provincia de Zhejiang, al este de China, se encontró a un hombre enclaustrado desde hacía varios años en una vivienda abandonada, informaron las fuentes del departamento provincial de sanidad. El hombre presentaba un cuadro de anemia y hablaba una lengua desconocida.

Nota publicada el 26 de septiembre de 2002 por *Diario del Sureste* en Yucatán, México.

I

Hace dos tardes, de regreso a la casa, ignorabas que Brenda te había abandonado desde la mañana. Condujiste por la avenida hasta el muelle; ninguna señal inquietante a pesar del nerviosismo de la gente por el silencio del departamento de sanidad: *ferrys* asfixiados de viajeros, niños regresando del colegio de tierra firme, sonrientes y resignadas madres en espera del desembarco. Lo que no observaste fueron las respiraciones dificultosas, el dolor oculto en el pecho, las náuseas, el semblante fantasmal de las mujeres con sus hijos en brazos; en nada de esto reparaste porque tu ansiedad apuntaba hacia otro lado.

Amabas a Brenda, sin ella tu vida sería un cronómetro indiferente y desbocado. Fue la primera en advertir el cansancio que mermaba tu frágil salud. Cuando aceptaste la plaza, el director dejó en claro las dificultades que implicaba trabajar en esa investigación. “Después vendrán los honores y el dinero”, le respondías a Brenda.

De una cosa estás seguro, el esfuerzo fue por ella.

La radio bombardeaba alertas —aun precautorias— por la infección que había cobrado sus primeras víctimas.

A pesar del automóvil en la cochera y las luces apagadas, estabas muy lejos de sospechar que Brenda esperó tu partida al Centro de Investigación para irse.

Ansiando la rutina dichosa, imaginaste los labios de forma perfecta y la piel irradiante de *Eau d'orange verte* dándote la bienvenida.

Enciendes la luz de la calle antes de entrar a la casa.

II

Tercera noche sin dormir; las voces de alerta cesan. Recuerdas a Brenda y su dependencia a los somníferos, uno de tantos pretextos para reñir. Ahora admites esa posibilidad conciliadora del sueño. Escuchas rugidos, toscos motores que impulsan, quizá, los últimos botes. Más al sur, en otros tiempos, los grandes navíos vomitaban turistas ansiosos por conocer el único atractivo de esta isla: el tiburón ballena. En una estampida llegó Brenda, risa estridente, boca frutal. Su piel aceituna sobresaliendo entre la horda de pálidas siluetas como isla sobre un océano blanquecino.

Fue quizá tu aspecto ingenuo y apacible una de las razones por las que aceptó conocer contigo las zonas de anidaje, de la *Eretmochelys imbricata bissa*, restringida a turistas.

—Brenda —murmuras.

Escupes.

También tú bajaste de esos barcos; habías regresado al funeral de tus padres. Y quién más, si no tú, Rivarosa, hijo único y pródigo, malagradecido, regresas vuelto a disgusto.

Escuchas el ulular de una ambulancia lejana. Tal vez estés solo en la isla, refugiado en la casa de tus padres que ahora es tuya. Puedes sobrellevar la contingencia sanitaria, los víveres de emergencia serán suficientes. La primera semana es la más crítica. Sudas. A esta hora, el océano duerme el sueño que tú no logras.

Percibes el olor cítrico de la adolescencia: inspiras el vaho verde del limon dulce, el astringente amargor de la toronja. En la peor etapa, Miguel, comenzaste a sentir esas fragancias. Cómo decirle a tus padres de los aromas frutales que sólo tú sentías, cómo explicarles la alerta permanente, saberte vigilado.

Ahora estás encerrado, resistiendo al contagio. Aseguras con tablonés las ventanas libres, dejas una abertura para vigilar. A lo lejos, apenas el lenguaje indescifrable de los grillos otorga vida a la noche. Insomne, como los días con Brenda y sus pláticas interminables, escuchas el rumor marítimo al quebrarse: se lanzan al agua, no llegarán a la costa, estás seguro. Desde tu juventud odiaste la isla, era poca cosa para ti este pedazo gris, Rivarosa, por eso a la menor provocación huiste y sólo la muerte prematura de tus padres te regresó. Observas, a través de la rendija, el exterior vestido con su lúgubre hábito de tinieblas. Respiras hondo y cierras los ojos tratando de cazar el sueño.

Adviertes sombras, parecen rodear la casa. Buscan. Murmuras como si otro hubiera dicho esas palabras sin sentido. Callas. Cuando Brenda regresó el siguiente verano, sabías que era a quedarse, contigo, Miguel, a pesar de tu

inestable estado de ánimo. Mientras los trámites corrían en los juzgados, tuviste tiempo suficiente para retomar viejas amistades, relacionarte con el director del Centro de Investigación de vida silvestre más importante de la provincia. Si pudieras ser totalmente subjetivo, dirías que todo el entorno se confabuló para que el amor a Brenda sucediera inevitablemente y aceptaras la plaza de investigador, como si esto también fuera parte de un destino a cumplir en la isla.

Intentas dormir. Cierras los ojos y una explosión de círculos luminosos gira formando espirales en la negrura. Clausuraste las entradas, no permitirás que una enfermedad rompa la quietud de tu existencia. Desde el resquicio orientado hacia el muelle, esperas noticias que permitan enterarte de las buenas nuevas. Percibes los pasos sin rumbo de alguien huyendo de un vehículo motorizado. Desde niño aprendiste a descifrar los matices de las pisadas en la arena. No has logrado dormir, el fulgor de las luces no te abandona.

Has convertido la casa en una cloaca. Si alguien pudiera observar, doctor Rivarosa, tu condición actual: un jergón bajo la ventana, el suelo cubierto de ropa sucia, moscas revolotean sobre latas vacías, el hedor que satura. Y qué decir de tu barba de vagabundo. Brenda estaría metiendo orden para regresarte a la vida apacible y normal, sin la pestilencia de tus ropas; borraría su nombre de las paredes pintados con suciedad. Brenda, quemadura perenne.

La epidemia, así la llamaron en la radio, se habrá extendido. La voz en el aparato informó hace días de la evacuación de la isla. Eres de los que no lo lograron. Sin energía eléctrica se reducen las posibilidades de salir bien librado. El aire se rompe con el vuelo de un helicóptero. Quieres dormir y al despertar te encuentres abriendo la puerta y una boca, la de tu mujer, te reciba nombrándote.

Son alaridos, estás seguro. Respiraciones agitadas. Empujan la puerta. Se desgarran el aire con el eco forcejeo. Golpes en la ventana. Sombras y destellos alcanzas a distinguir por la rendija. No soportas tu hedor; aprendiste de tus padres a evitar los baños públicos, cargar siempre un jabón, no beber en vasos de restaurantes ni tocar picaportes con las manos desnudas. Higiene. No es una estupidez, es higiene, peleabas con Brenda. Han colapsado los servicios de la isla. No hay aves que adviertan el peligro, dices y escuchas tu voz pastosa, como despegada de algún lugar muerto.

Respiras el olor cítrico que va y viene, atrapas los aromas que te acompañaron en la soledad adolescente. Entre podredumbre, oscuridad, hambre, todavía distingues las diferencias entre la toronja y la lima, la naranja y el limón. Imaginas entre los dientes cómo la mandarina se rompe y estalla en tu boca con su agridulce frescor anaranjado. Y es suficiente para alejarte un momento de las amenazas, de los golpes y gritos aguardándote detrás de la puerta. Insomne, gruñes y aspiras.

Tocas tus costillas sin dificultad. Tu boca está plagada de costras y del sabor rancio del hambre. Afuera, las hojas forman remolinos con el viento que juguetea con ellas. Cierres los ojos, sientes las minúsculas extremidades que suben por piernas y pecho hasta la cabeza, caminan sobre el cuero cabelludo buscando el calor para depositar sus huevecillos. Gritas, rasguñas con furia, tus dedos se cubren de tibia humedad.

Descansas. La noche está llena de lamentos, los tuyos.

Quieres dormir, dormir, dormir, dormi, dorm, ir...

Brenda es voz sin rostro que dice adiós a la patética rutina que sobrevives. El sonsonete del transformador de la calle ahuyenta el descanso ganado. No sabes cuánto tiempo dormiste. Te asfixia la ropa que arrancas a tirones. Miras por

AGRADECIMIENTOS

A Roger Metri Duarte, Carlos Martín Briceño y especialmente a Claudia Sosa Cárdenas y Jorge Lara Rivera.

ÍNDICE

RELATO DE UN EXILIO.....	11
LÍNEA FINAL.....	17
CONCÉNTRICOS.....	21
ACABANDO LA FIESTA.....	27
LAS DOS MUJERES.....	33
VÍSPERA.....	41
DISPARADOS A LA LUNA.....	51
CALEIDOSCOPIO.....	55
DE VIAJE.....	65
REGALO DE NAVIDAD.....	71
SADOTH EN LA GUERRA.....	79
AGRADECIMIENTOS.....	125

«DISPARADOS A LA LUNA»

DE ROBERTO AZCORRA CÁMARA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO 2009 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES